



El significado y el valor de la Ciudad Alta de Cuenca

Miguel Angel Troitiño Vinuesa

Catedrático de Geografía Humana. Universidad Complutense de Madrid

La Ciudad Alta de Cuenca, espacio urbano de raíz medieval, es hoy un viejo «Centro histórico» que como tal ha conocido, a los largo de los siglos, cambios importantes en su organización, su contenido social y su paisaje. En esta realidad urbana tan singular, donde la ciudad modela el roquedo calizo de las hoces del Júcar y del Huécar, se enlazan pasado y presente, naturaleza y cultura, configurando un patrimonio cultural colectivo y un paisaje que refleja el quehacer de la sociedad conqense a lo largo del tiempo.

En la Alta Edad Media, la Ciudad Alta se organiza como ciudad fortaleza que se encarama hacia el cielo, en lucha con la topografía y con la escasez de espacio dentro del recinto intramuros, configurando un «nido de águilas», en palabra de Pío Baroja, en las empinadas laderas del cerro de San Cristóbal. La vieja ciudad medieval, con su castillo, su alcázar y un recinto de transformaciones funcionales y paisajísticas vinculadas al paso de ciudad fortaleza musulmana a centro de poder político y económico cristiano, o de ciudad nobiliaria a ciudad conventual en los siglos XVII y XVIII.

A la imagen de la ciudad medieval, cerrada dentro del recinto amurallado, se sobrepondrá lentamente, tal como reflejan las vistas de Anton Van den Wyngaerde en 1565, la de la ciudad renacentista, cuando Cuenca tenía voz propia en el concierto de las ciudades de la corona de Castilla. A esta ciudad renacentista le sucederá el paisaje de una ciudad barroca, fielmente representada en las vistas de Juan Llanes y Massa en 1773.

A partir de mediados del siglo XIX y especialmente en el siglo XX, el emplazamiento defensivo, razón de ser de la ciudad, se convertirá en un obstáculo casi insuperable y ello determinó que fuese perdiendo buena parte de las funciones y actividades que le habían dado vida y animado durante siglos. La Ciudad Alta vió cómo la vida se desplazaba hacia la Ciudad Baja, sufriendo los efectos del abandono y la ruina como bien simbolizan el hundimiento de la catedral y el derribo del puente de San Pablo. Son tiempos oscuros, de destrucción y miseria, donde es tardío el despertar de una conciencia ciudadana que empieza a valorar su ciudad histórica y a plantear abiertamente la

necesidad de su defensa, siendo de reseñar la labor pionera desempeñada por don Juan Jiménez Aguilar en la década de los veinte.

La Ciudad Alta pasará a ocupar una posición de borde en el conjunto de Cuenca hasta el punto de llegar a hablarse del arrabal de la Parte Alta. Esta posición de borde, si bien ha contribuido a conservar su carácter singular y ha frenado procesos de transformación de mayor entidad, plantea problemas de difícil solución en relación con la accesibilidad, el tráfico y los equipamientos.

Hoy, a pesar de las pérdidas sufridas y de los problemas planteados, tenemos la suerte de que aún pervive como una realidad urbana viva, cargada de valores simbólicos, históricos, culturales y urbanísticos. Un paisaje urbano espectacular donde la equilibrada integración entre paisaje natural y paisaje cultural le dan señas de identidad a la ciudad del Júcar, sin hacer de menos a la de Huécar, pues es, sin duda, la fachada de este último río la más impresionante y llamativa. Este paisaje urbano sorprendente, donde lo valioso es más el conjunto que el monumento aislado, constituye un patrimonio cultural colectivo que nuestra sociedad tiene el deber y la obligación de preservar para las generaciones venideras.

La Ciudad Alta continúa siendo el símbolo de la singularidad y personalidad urbana de Cuenca; sin embargo, ya sólo representa una pequeña parte de una ciudad que ha conocido importantes cambios a partir de los años cincuenta de la presente centuria. En efecto, la Ciudad Alta es el centro histórico y cultural, pero ya no es el centro económico ni tampoco el residencial: sólo un reducido número de conqenses viven en este viejo barrio.

Cuenca, pequeña ciudad castellana con una población que se aproxima lentamente a los cincuenta mil habitantes, ha vivido en la última década una coyuntura de fuerte dinámica de cambio urbano. Dentro de esta dinámica de cambio y de fuerte crecimiento espacial, (ocupa doble superficie que a mediados de los años setenta), hay que resituar la Ciudad Alta, entendida como un espacio urbano vivo, y no sólo como un mero legado histórico. Su futuro dependerá, en buena medida, de la capacidad y de la voluntad de la sociedad conqense para defenderla,

conservarla y mantenerla viva, con funciones diferenciadas en el conjunto de Cuenca.

El casco antiguo de Cuenca, a diferencia de lo que ocurre en otros casos, mantiene cierto nivel de actividad y la función residencial, a pesar de la fuerte pérdida de población durante las últimas décadas, tiene alguna significación y en los últimos años manifiesta una ligera tendencia hacia la recuperación. En suma, es un escenario multifuncional, con un importante reforzamiento cultural y hostelero, de una vida urbana bastante rica: aquí se desarrollan y alcanzan todo su esplendor dos grandes acontecimientos, la Semana Santa y las Fiestas de San Mateo.

Este espacio urbano está enfrentado a un doble reto: por un lado, conservar su legado histórico y, por otro, adaptarse a las necesidades de nuestro tiempo. Los esfuerzos realizados en el terreno de la recuperación de edificios singulares (castillo, carmelitas, convento de San Pablo, etc), la rehabilitación de viviendas y mejor de infraestructuras han sido muy importantes, se ha abierto un «ciclo de recuperación» en el cual, si realizamos un balance general, son más las luces que las sombras, aún cuando el horizonte no esté totalmente despejado y la ciudad de la cultura no deba dormirse frente a la ciudad del progreso.

El futuro de la Parte Alta dependerá, en buena medida, de la capacidad que se tenga para mantenerlo como un

espacio urbano vivo, un espacio que continúe desempeñando funciones acordes con sus características y sus valores, donde prime el equilibrio funcional, la población residente no se sienta amenazada por una excesiva presión turística y las calles y plazas sean lugares de encuentro y relación y no meramente zonas de aparcamiento.

El Casco Antiguo es, sin duda, la parte más valiosa del patrimonio urbano cuense, y esto no es sólo por su carácter histórico y simbólico sino también porque constituye un importante recurso cultural y paisajístico. Sobre dicho recurso se apoya uno de los pilares fundamentales de la economía urbana cuense: el turístico-cultural.

El futuro de Cuenca depende, en buena medida, de su capacidad para adoptar planteamientos creativos, superar el pesimismo histórico que la viene atenazando desde siglos y configurarse como una ciudad de servicios que sepa utilizar adecuadamente sus potencialidades culturales y medioambientales. En esta estrategia de futuro, por ello también, además de por otras razones históricas y culturales, hay que realizar un esfuerzo colectivo para su recuperación definitiva. El esfuerzo está más que justificado, se trata del paisaje urbano que da personalidad propia a Cuenca en el concierto de las ciudades españolas y mundiales. □



Carlos Albendea